40 AÑOS DE COPEI

Este mes de enero la democracia cristiana venezolana cumple 40 años de su existencia como partido político. En mayo se celebran los 50 años de la fundación de la Unión Nacional de Estudiantes (U.N.E.) en la que ya estaba en germen el futuro partido COPEI. Fueron dos hechos significativos para la historia contemporánea de Venezuela. Pero sobre todo fueron dos decisiones llenas de audacia y de valentía en medio de un ambiente hostil. Dos decisiones que en su origen fueron dos actos de fe en Venezuela y de aporte cristiano a su vida pública. No eran hechos circunstanciales, pequeñas maniobras electorales de corto aliento, sino expresiones de fe trascendente y de una lucha larga por construir un futuro justo y democrático.

Sin duda uno de los frutos logrados de esta presencia democristiana en la vida pública ha sido la desconfesionalización de la vida política venezolana. Paradógico pero cierto. Hoy los políticos de diversos partidos se muestran abiertos a lo cristiano y valoran la presencia y el aporte específico de la Iglesia a la sociedad venezolana. Hemos pasado de los tiempos de partidos "cureros" y "anticureros" a partidos aconfesionales (unos y otros) y a una presencia eclesial menos partidizada. En este logro la democracia cristiana ha tenido una contribución clave.

Hay otro aspecto en el que el aporte de COPEI parece indiscutible. Dada la real alteridad ideológica y social que en su origen había entre AD y COPEI, es decir, entre el partido que hegemonizó las alternativas políticas provenientes del Movimiento del 28 y el que se inspira en la democracia cristiana, COPEI ha contribuido también muy significativamente al hecho insólito en Venezuela (y también en América Latina) de la pervivencia de la democracia durante 28 años. En el primer período, tras la caída de la dictadura, como integrante leal decisivo del gobierno presidido por Rómulo Betancourt, asediado por la crisis económica y por los intentos de derrocamiento armado de diferente signo. Luego por la alternativa en el gobierno; ésta ha servido al menos para dar a la democracia un nuevo aire y una nueva esperanza de cambio cada cinco años. COPEI participa, junto con Acción Democrática, de las virtudes y de los logros de este sistema político. Al mismo tiempo adolece de las limitaciones y vicios que reducen nuestra democracia e incluso amenazan de su existencia. Por eso mismo la democracia venezolana vive hoy urgida de una nueva inspiración, de un nuevo estilo de hacer política y de poner al Estado al servicio de la colectividad. Porque, hay que decirlo todo, nunca antes en la historia de Venezuela se ha dado un trasvase tan escandaloso de los recursos públicos a la riqueza privada de unos pocos como en los años de esta democracia. Números cantan. Y nunca antes del período 1980-85 ha habido un quinquenio donde se conjuguen de modo tan naturalmente criminal el hambre y la carencia fundamental de 8 millones de venezolanos con el saqueo de los recursos públicos por vía financiera en favor de las cuentas privadas en el exterior y el subsidio del pago de la deuda de esos mismos. Más allá de la retórica de "los gobiernos del pueblo" están las cifras irrebatibles que arrojan graves responsabilidades sobre los gobiernos de AD y COPEI. Por eso mismo no es menor la necesidad de renovación profunda de COPEI que la del sistema político en su conjunto. En ambos casos puede ser cuestión de vida o muerte.

Laureano Vallenilla Lanz presentaba el desenlace de la guerra de Emancipación y la manera en que los caudillos conducían al país al margen (y en contra) de la constitución escrita, como fruto orgánico de "la manera de ser de nuestro pueblo", determinada en definitiva por la geografía de la "estepa" que produce "hordas" y por tanto Atilas y Boves. El caudillo es así la "constitución orgánica" justificada por el "anarquismo" de ese pueblo. Así el dictador siempre es benefactor y sus excesos y atropellos son remedios necesarios para la inmadurez "civil" del pueblo. A pesar del rechazo del pensamiento del "cesarismo democrático" de Vallenilla por legitimador del gomecismo, hay un pensamiento similar que trata de justificar el hecho de que con gobiernos de AD y de COPEI, en clara divergencia con sus inspiraciones originales, se haya acumulado la riqueza venezolana en pocas manos y se hayan batido los records de corrupción anteriores. Según este pensamiento justificador, el modo de hacer política y gobierno de estos partidos, no es producto de su ideología e identidad, sino del pueblo venezolano. Como se ha escrito, para entender a Stalin como estadista no hay que estudiar a Marx sino la historia de la Rusia de los Zares ¿Será ésta la

explicación de que partidos, diversos y contrapuestos en su origen como son AD y COPEI sólo hayan producido una alternancia aparente en el gobierno de modo que resulten dos caras de la misma moneda? Fácil y justificadora explicación que en definitiva convierte el vicio de los gobernantes en la virtud de adaptarse a los vicios del pueblo. A este respecto la pregunta que mucha gente se hace es: ¿hemos tenido algún gobierno realmente democratacristiano en Venezuela? Unos responden que sí, pues la democracia cristiana, a pesar de su contenido aparente proclamado en los principios generales, no tiene más contenido real que lo demostrado en los dos gobiernos. Otros opinan lo contrario acudiendo a explicaciones más o menos "vallenillistas" para justificar la frustración de una alternativa esperada. Seguramente todo esto será objeto de reflexión y estudio para los democratacristianos en este aniversario.

El origen de la democracia cristiana en Venezuela tiene sus raíces en un proyecto internacional católico que desde hace algo más de medio siglo inspira una presencia "moderna" de los cristianos en la política democrático-representativa contemporánea. Su inspiración —al igual que el de tantos partidos democratacristianos en numerosos países— se fundamenta en la doctrina social de la Iglesia tal como fue formulada en su primer medio siglo de desarrollo. Esa inspiración le dio fuerza y mística para lanzarse y expandirse a contracorriente hasta llegar en Venezuela a ser un verdadero partido nacional policlasista. A medida que la inspiración tomaba cuerpo entraba en una manera concreta de hacer política y de alimentar el clientelismo y de transferir el poder a los grupos económicos. En esto ha habido muy poca alternancia en nuestros gobiernos. Hoy es un lugar común decir que nuestra economía se halla en un momento de cambio profundo. Queramos o no, los hechos nos obligan a cambiar. Y esos mismos hechos inexorables obligarán a cambiar el modo de hacer política y gobierno o sepultarán a los partidos que no respondan a esa necesidad.

La democracia cristiana celebra estos cuarenta años desde la oposición. Esto en Venezuela significa que tiene buena probabilidad de volver a triunfar por virtud del gobierno de turno. Pero ello no garantiza su real conversión a la nueva realidad del país ni su capacidad de hacer gestión de gobierno con mentalidad de 1990 y no de 1940. Tampoco su posible triunfo futuro garantiza su identidad fundamental de partido inspirado en las enseñanzas sociales de la Iglesia, incluyendo muy particularmente toda la inspiración más creativa de la Iglesia latinoamericana después del Concilio. Nosotros hemos notado particularmente esta ausencia, por haber sucumbido (nos parece) a una muy fácil y poco original táctica de la derecha de atribuir a infiltración marxista todo el aliento popular de la Iglesia postconciliar en América Latina. Sin duda alguna este doble aspecto de actualizarse a la realidad venezolana de hoy y a la actual inspiración social de la Iglesia latinoamericana estará presente en la discusión interna de la Democracia Cristiana. La Iglesia del Concilio ofrece una inspiración abierta que puede alentar a hombres comprometidos, con partidos socialdemócratas, socialistas o socialcristianos. Y esto es una realidad hoy en Venezuela. Pero a cualquiera de esas alternativas puede aportar algo muy positivo. Muy especialmente a la democracia cristiana que explícitamente proclama esa inspiración.

La revista SIC acompañó el nacimiento y el crecimiento de COPEI. La revista SIC celebró su primer triunfo electoral como triunfo para Venezuela y su democracia basada en la alternatibilidad en el poder. La revista SIC ha procurado mantener esa libertad no partidizada que pide el Concilio a este tipo de instituciones eclesiales al tiempo que ha orientado su aporte político hacia una democracia que ofrezca vida, participación y poder al pueblo venezolano. Por eso deseamos a COPEI en sus 40 años una profunda renovación desde su propia inspiración y desde una sensibilidad cristiana por la dramática situación de pobreza de las mayorías. Como un aporte a esa reflexión dedicamos varios artículos de este número.

Necesitamos su colaboración: cancele desde ya su suscripción 1986. Gracias.

revista sic